

# Retiro de Adviento

*“En familia, Padre, vamos contigo”*

28 Noviembre 09 P. Carlos Padilla Esteban

**“Si no os hacéis como niños”**

## I. Adviento es camino, espera y búsqueda

Comenzamos este tiempo de Adviento con el anhelo de encontrarnos con Cristo, que se hace carne. Es un tiempo para aprender a amar, para confrontarnos con nuestra realidad de hijos amados de Dios. He querido iniciar este retiro recordando las palabras con las que comienza Benedicto XVI su Encíclica *“Caritas in Veritate”*: *“La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El amor – «caritas» – es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta. Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente: en efecto, encuentra en dicho proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre (cf. Jn 8,22). Por tanto, defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad”*. No hay verdad sin amor, no hay amor si no se fundamenta en la verdad. El que descubre su vocación, su verdad más profunda, lo hace a la luz de la presencia de Dios. Es la verdad que nos salva y nos hace libres. Ante Dios hecho Niño nos confrontamos con nuestra realidad, con nuestra pobreza, con nuestro propio camino, el que Dios ha soñado para nosotros, para que podamos llevar su amor a muchos corazones. El que viene a nuestro encuentro en esta Navidad es la verdad que nos libera, es el amor de Dios hecho persona, el amor que nos transforma e impulsa a amar de forma auténtica más allá de nuestros límites. En ese amor, en su misericordia, queremos aprender a vivir.

**Hablamos de verdad y amor en un tiempo y en un mundo en el que vivimos rodeados de tantas mentiras y falsedades, de tantos amores que pasan y no dejan huella, de tantas injusticias y dolores.** Vivimos en un tiempo de crisis que nos confronta con nuestro más auténtico yo. En nuestra verdad nos sentimos débiles e inseguros. No somos capaces de descifrar nuestro verdadero yo, no somos capaces de construir nuestra vida sobre roca. Sin embargo, de nuevo, al llegar el Adviento alzamos la mirada y creemos, volvemos a confiar y esperamos. Justo el otro día leí un decálogo contra la crisis que nos puede ayudar a enfrentar este tiempo: *“Cree y espera, ama y espera, entrégate y espera, respira fe y espera, respira esperanza y confía, respira amor y sueña, cree y toda crisis se supera, espera y lucha con ganas, ama y solidarízate con los demás, si crees, amas y esperas, la crisis se convertirá en una gran oportunidad”*. En este espíritu llegamos a este retiro de Adviento. Se trata de una nueva oportunidad para detenernos y pensar, para descansar en Dios y detener los motores. Es un retiro de matrimonios, pero, fundamentalmente, es una ocasión para que cada uno se encuentre con el Señor en su propia vida. Es una oportunidad para conocernos más en profundidad, para calar más hondo y llegar hasta lo más íntimo de nuestro ser. Llegamos hasta aquí con la inercia de la vida de cada día. Cansados y llenos de anhelos. Con la crisis a nuestro alrededor y la esperanza grabada en el corazón. Porque no estamos dispuestos a conformarnos.

**Al llegar al retiro de Adviento, surge la misma tentación de siempre: evitar estar en silencio y dedicarnos a hablar con aquellos a los que hace tiempo que no veo.** El otro día me comentaba una persona que pensaba que no había silencio en el retiro. Y yo le explicaba, si se llama retiro es porque se nos invita a retirarnos en soledad y a hacer silencio. Porque sólo en el silencio descansamos y podemos encontrar a Dios. El corazón, cuando está acelerado, no quiere detenerse y sigue en marcha volcándose al exterior. No quiere enfrentarse con la propia vida, con las propias crisis y heridas, con los dolores que nos pesan en el camino. Por eso hoy, en la víspera del comienzo del Adviento, al llegar al retiro, nos puede pasar que desaprovechemos una oportunidad más para estar en silencio, con Dios y con nosotros mismos en la soledad que es presencia de Dios. Puede ser que pasemos el día volcados hacia fuera, sin mirar nuestro corazón. Y es que llegamos cargados de preocupaciones, de problemas y de alegrías. Han ocurrido muchas cosas en el último tiempo y no ha habido tiempo para la reflexión, para una oración profunda y auténtica. Por eso hoy necesitamos detenernos y hacer silencio en nuestro Santuario, junto a María que nos enseña a rezar y a escuchar, a acoger en nuestro corazón de hijos lo que Dios desea para nosotros.

**Sin embargo, la tentación vuelve siempre: no aprovechar el tiempo que Dios nos regala.** Comienza el Adviento, que es un tiempo de espera que la Iglesia nos regala cada año. El corazón necesita detenerse para tomarle el peso al tiempo que viene, porque sólo así podremos vivir con intensidad y alegría la espera del Señor, sólo así podremos luego vivir intensamente el tiempo de Navidad en el que Cristo nace, quiere nacer, en nuestros corazones heridos. Es fundamental que nos preparemos para el nacimiento de Jesús en la humildad de nuestra carne. Son sólo 26 días y el tiempo pasa volando. Ante esta necesidad, ante este tiempo que comienza, nos detenemos y hacemos silencio, apagamos los móviles, dejamos de lado la agenda y las preocupaciones, confiamos nuestros hijos a otros para que los cuiden un tiempo y reservamos al menos un día para pensar en este tiempo de gracias que tenemos ante nosotros. Sin embargo, ¡Cuánto nos cuesta detenernos un momento! Parece como si todo nos impulsara a seguir caminando sin volver la mirada hacia el interior.

**La pregunta fundamental que nos hacemos es: ¿Qué significa hacer silencio?**

**Muchas veces creemos que el silencio exterior basta.** Es suficiente con callar y no hablar con nadie; sin embargo, en nuestra interior, continúa un diálogo continuo con nosotros mismos, lleno de ruidos, imágenes e interferencias. Es el río que no deja de correr por su curso y nosotros estamos en medio tratando de ganar la orilla. Los problemas siguen presentes, cuestionando, pidiendo explicaciones, quitándonos la fuerza para poder hacer silencio de verdad. Hay muchas cosas pendientes, muchas tareas que nos esperan a la vuelta. Intentamos parar los motores y, mientras, nuestra maquinaria interior sigue funcionando llevada por la inercia.

**Hoy llegamos al Santuario y queremos descansar en él, en nuestra Madre, en Dios, en su corazón de Padre bueno que nos espera siempre al final del camino con los brazos abiertos.** Queremos entregarle lo que somos y tenemos. Queremos soñar en su regazo. Hoy escuchamos, aprendemos a escuchar, procuramos buscar esa voz de Dios que muchas veces no logramos distinguir. Hoy dejamos a un lado las prisas y los

problemas, los miedos y las preocupaciones. Hoy queremos adentrarnos en ese mundo tan próximo y a la vez tan lejano, nuestro propio mundo interior. ¡Cuánto nos cuesta profundizar! Nos quedamos en la superficie y pensamos que eso ya es oración. ¡Qué lejos estamos del ideal al que Dios nos llama: vivir en comunión con Aquel que nos ha amado primero!

## II. Queremos contemplar nuestra vida iluminada por la presencia de María

**Es importante, al llegar al retiro, pensar en nuestra vida, en esos acontecimientos que han marcado el último tiempo y que nos dan qué pensar.** Podemos saborearlos en el corazón de Dios y en el corazón de nuestra Madre. Yo quería detenerme hoy en dos acontecimientos que nos han tocado a todos en el último tiempo:

**A. El primer acontecimiento es la crisis económica a nivel mundial. Es una crisis** que nos toca a todos desde hace más de un año y que no sabemos cuánto va a durar. Es, por tanto, un acontecimiento al que nos enfrentamos cada día y produce inseguridad. **Benedicto XVI ha publicado su Encíclica** en el contexto de esta crisis para dar respuesta a todos los interrogantes abiertos con la misma. En ella dice: *“La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza”*. El amor es presentado como la respuesta al tiempo de crisis que nos toca vivir. Es la respuesta que nos sorprende y, al mismo tiempo, toca lo más profundo de nuestro ser que desea, antes que nada, ser amado con un amor infinito e incondicional.

**Amor y verdad son dos realidades que caminan juntas al encuentro de Dios y se hacen realidad en Cristo hecho carne entre nosotros.** La verdad que se hace amor. El amor de Dios hecho verdad para el hombre. Son las dos realidades en crisis en el tiempo actual. El amor, que con frecuencia es malentendido y no se vive en plenitud. Como dice el Papa: *“Soy consciente de las desviaciones y la pérdida de sentido que ha sufrido y sufre la caridad, con el consiguiente riesgo de ser mal entendida, o excluida de la ética vivida y, en cualquier caso, de impedir su correcta valoración”*. El amor está en crisis y no logra satisfacer la sed de amor verdadero que padece el mundo. Nuestra crisis toca algo esencial en el hombre. No sabemos amar y no nos dejamos amar de forma auténtica. Vivimos amores que pasan y no nos llenan; llamamos amor al simple enamoramiento y pensamos que el amor ha pasado cuando experimentamos el sufrimiento. El amor que se enfría acaba matando el verdadero amor. Y la superficialidad de nuestros vínculos debilita el amor eterno con el que soñamos vivir cada día. Por eso hoy nos preguntamos sobre nuestras relaciones, sobre nuestro amor conyugal, sobre la calidad de nuestro amor paterno y materno, sobre nuestros vínculos de amistad. **¿Cómo estamos amando? ¿Cómo experimentamos el amor recibido?** Siempre un retiro es la ocasión para poner ante Dios nuestro amor y nuestra falta de amor; y pedimos que Él haga grande nuestra debilidad, fortalezca nuestros vínculos y nos enseñe a amar con su amor, ese amor que fue capaz de dar la vida por sus amigos.

**Por otro lado nos confrontamos con la verdad:** *“Y esto no es algo de poca importancia hoy, en un contexto social y cultural, que con frecuencia relativiza la verdad, bien desentendiéndose de ella, bien rechazándola”*. **La verdad más propia de nuestro ser y nuestra vocación la mantenemos oculta en lo profundo de nuestros sueños.** El Papa nos recuerda que en el proyecto de vida al que somos llamados se encuentra nuestra verdad. En nuestra misión, en nuestra vocación personal. Sin embargo, con frecuencia vivimos en la mentira y nos conformamos con ella, porque resulta más fácil y llevadera, porque no

necesitamos cortar con nuestros pecados y huídas, ni con nuestras pequeñas o grandes esclavitudes. Es necesario ser testigos de la verdad frente a la mentira que vemos a nuestro alrededor, en la política con su corrupción, en la economía con su crisis, en las relaciones de amor con sus infidelidades, en nuestro propio corazón con su pecado. La verdad nos hace libres, lleva a la justicia y nos enfrenta a nuestra debilidad e impotencia para ser veraces y auténticos. Cuando vivimos en la verdad y en la autenticidad, ya no tenemos nada que temer. Somos libres para darnos sin miedos. Nos dice el Papa: *“La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad”*. El amor es iluminado por la verdad. Y sin ella, el amor que vivimos no nos llena el corazón porque no tiene un fundamento sólido.

**Visto todo esto nos confrontamos todavía con otras preguntas: ¿No está en crisis el corazón del hombre de hoy que ha dejado a Dios de lado en su vida y no ama su verdad? ¿No está en crisis la humanidad en la que las desigualdades, las injusticias, las opresiones, las guerras, la mentira, están a la orden del día? Y surge otra pregunta más: ¿Cómo reaccionamos ante esta crisis económica y social, ante esta crisis del hombre?** En este año hemos podido ver todo tipo de reacciones. Las más comunes han estado marcadas por el **miedo y la inseguridad, la falta de paz y la incapacidad para reaccionar**. La crisis ha despertado un miedo comprensible; ante la posibilidad de perder los medios para mantener a la propia familia y llevar una vida normal, el corazón se intranquiliza y pierde la paz. El miedo es parte del alma humana. Nos sentimos impotentes ante la vida, ante las circunstancias que nos superan, y la reacción más lógica es el miedo, la angustia, la ansiedad. Lo que no controlamos, allí donde no estamos seguros, despierta nuestra debilidad y nos hace temer perderlo todo. Es un miedo que va acompañado de inseguridad. Lo escuchamos muchas veces. No es fácil vivir abandonados en el corazón de Dios, no es lo normal. Esto ocurre cuando lo recibimos como un don que Él nos regala. El Padre Kentenich, en momentos muy difíciles, cuando fue encarcelado por la Gestapo, escribía. *“Sólo una cosa puede solucionar todos los problemas: En el corazón de María, abandonarnos en las manos del amor eterno, de la Sabiduría, del Todopoderoso”*<sup>1</sup>. **Es el descanso en el corazón de Dios lo que le devuelve al hombre la paz perdida ante las dificultades de la vida.** También decía el Padre: *“Si con el tiempo no recibimos de Dios un instinto para lo sobrenatural, entonces no resistiremos con el tiempo el no tener una seguridad terrena, el vivir abandonados en el mundo de Dios”*<sup>2</sup>. Cuando vivimos así, nuestra vida descansa en la paz de Dios. Sólo si vivimos así hacemos carne el espíritu que queremos desarrollar al hablar de la infancia espiritual.

## **B. Los cuarenta años de este Santuario de Pozuelo, el primero de España.**

**Hemos celebrado el Jubileo de los cuarenta años de historia de nuestro Santuario de Pozuelo.** Desde hace muchos años María ha derramado sus gracias y nos ha bendecido desde su hogar, desde su pequeño Santuario. Ha atraído hasta aquí a tantas personas que necesitaban arraigar su corazón y echar raíces en tierra firme. Celebramos cuarenta años de santidad y eso nos conmueve. Todos queremos ser santos, vivir como hijos de Dios, caminar en el cielo, pero con frecuencia estamos lejos de todos esos ideales que

---

<sup>1</sup> J. Kentenich, Milwaukee Terziat, 1963

<sup>2</sup> Íbidem

anidan en nuestro interior. Queremos dar la vida por un amor más grande, por un ideal que le dé sentido a todo en nuestra existencia. **Este Jubileo ha sido una irrupción de gracias para todo Schoenstatt en España. Por eso entendemos que Dios nos pide dar un paso más en nuestro caminar, en nuestras aspiraciones y sueños.** Nos pide un salto de confianza y audacia. Hemos recordado la historia de muchos hombres y mujeres que se supieron amados por Dios en sus vidas en el Santuario, con María, y respondieron a ese amor con la entrega de sus vidas.

**Estamos en un tiempo de conversión, en un tiempo de cambio, ese tiempo es el Adviento.** Y para nosotros, este tiempo está unido a las gracias jubilares recibidas. Gracias que nos impulsan a no conformarnos y a luchar por forjar un tiempo nuevo, un hombre nuevo, una comunidad nueva. Para ello es necesario limpiar el corazón para que Cristo pueda nacer en nosotros. Deseamos la conversión porque Dios nos ha amado tanto, que queremos entregarle lo que vive en nuestro interior. Dios ha querido hacerse niño para llegar a nuestros corazones. En el Santuario María nos recibe y nos regala su amor. Sin embargo, ante un amor tan grande el corazón humano se siente pequeño e incapaz de corresponder.

**El Adviento es el tiempo de la desproporción y del asombro.** Dios ha querido hacerse carne de nuestra carne para caminar con nosotros y tal vez nosotros esperábamos a un Dios todopoderoso e invencible, a un Dios capaz de todo que acabara con nuestros miedos y diera fiel cumplimiento inmediato a nuestras esperanzas. Sin embargo, el Adviento y la Navidad, nos desconciertan. En lugar de un palacio elige un pesebre humilde, en lugar de grandes atenciones y cuidados, un par de animales, ángeles y pastores. En lugar del reconocimiento de los poderosos, recibe desprecio, indiferencia y persecución. Nos gusta más un Dios poderoso vencedor en las batallas. Nos gusta ganar en los deportes, en la política, en las empresas, en el amor, nos gusta ganar siempre. No soportamos los silencios ante los agravios, el desprecio como respuesta al amor. Buscamos el reconocimiento, el alago, el aprecio, el éxito y la alabanza. Nos sigue sorprendiendo que Dios siga naciendo y nadie le dé importancia a su venida. Nos deja helados este Dios que se hace carne en el silencio más absoluto y en el menosprecio del hombre. Se hace carne y es rechazado por su propia carne, nos ama hasta dar la vida y nosotros no sabemos amar de verdad.

**El Adviento nos exige agrandar el corazón y aprender a amar como Cristo ama. Si lo agrandamos, Cristo podrá nacer en nosotros y hará todo nuevo.** Cristo viene a nuestros corazones y quiere encontrar paz y descanso en ellos. **¿Están en paz?** Es necesario cambiar nuestra mirada, para mirar la vida con los ojos de Dios. Cristo quiere hacerse carne en nuestro hogar, en nuestra casa, en la familia que Dios nos ha regalado. Pensamos que no está en orden, creemos que no querrá quedarse. Quiere hacerse carne, quiere nacer como un niño, pequeño y pobre, para transformar nuestros corazones y hacerlos semejantes al suyo. Desde hoy emprendemos este camino. Contamos sólo con 26 días y en realidad, es poco tiempo. Que no nos pase que llegamos al día 24 con la sensación de que no le hemos preparado un lugar en nuestra vida al amor de Dios hecho carne en medio nuestro. Hoy empezamos el camino, hoy decimos sí con sencillez: Fiat. Y le pedimos a Dios que se haga carne en nuestras vidas.

**PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:**

- 1. En este tiempo de crisis que vivimos, ¿Cómo estamos enfrentando las dificultades? ¿Cómo llegamos a este retiro?*
- 2. ¿Qué tenemos que dejar en manos de Dios para que Él nos dé la paz que necesitamos? ¿Cuáles son nuestras inseguridades y nuestros miedos? ¿Qué nos quita la paz del corazón?*
- 3. ¿Qué acontecimientos quisiera poner ante Dios, para que Él y María nos regalen la luz imprescindible para descubrir sus huellas?*

## II. SI NO OS HACÉIS COMO NIÑOS

### 1. *¿Es la infancia espiritual un remedio para salir de la crisis?*

**Queremos abordar el tema que vamos a desarrollar en nuestro retiro de Adviento: La infancia espiritual.** Creemos que la infancia espiritual es remedio y seguro para el tiempo que vivimos. Hemos visto que este tiempo difícil nos llama a confrontarnos con nuestra pequeñez y nos invita a mirar el corazón de Dios y el corazón de María. Cuando Cristo nos dice que el camino es ser como niños para entrar en el Reino de los cielos, nos pone ante un dilema en nuestra vida. Porque el hombre, desde niño, quiere crecer y ser mayor, quiere la independencia y la autonomía, quiere valerse por sí mismo y ser capaz de todo. Como Nicodemo, nos preguntamos cómo es posible volver a nacer. Y no hallamos respuestas que convenzan a nuestro corazón inquieto. Y es que la imagen que nos queda en nuestro interior es que los niños no saben nada, no entienden nada, no caminan por sí mismos y no son capaces de controlar sus vidas. Y, sin embargo, el mandato de Jesús resuena en nuestros oídos. *“Si no os hacéis como niños...”*. Y no queremos hacernos como niños, ni ser indefensos ni dependientes. Queremos volar y plasmar nuestra vida con la fuerza de los hombres maduros que se saben dueños de sus actos y palabras. Queremos ser autónomos y libres porque nos duele esa imagen dependiente y servil de los niños.

**Sin embargo, el P. Kentenich habla con profundidad de este tema y nos da algunas claves para vivir una auténtica infancia espiritual:** *“No se trata de una infancia espiritual cualquiera, sino del más alto grado de infancia que podamos concebir, se trata de una infancia espiritual audaz”*<sup>3</sup>. El padre toma el análisis de la vida humana hecho por Heidegger y toma dos términos suyos: *“Derrilección”* y *“necesidad de decisión”*. Nos detenemos en un primer momento en la experiencia de ser abandonados y arrojados en este mundo descrita por este filósofo. A Heidegger no le importa de dónde viene el hombre y a dónde va. Por el contrario, el cristiano sí que sabe de dónde viene, de Dios y sabe que vuelve hacia Él. No obstante, *“nuestra vida cristiana está signada también por un cierto abandono e inseguridad”*<sup>4</sup>. Somos arrojados en el mundo de alguna manera. Somos abandonados para empezar un nuevo camino hacia Dios, un regreso hacia el Padre.

**El hombre es definido como un ser pendular y oscilante.** Al P. Kentenich le gustaba mucho la imagen del péndulo, que oscila pero tiene su punto de seguridad en lo alto. Puede oscilar con fuerza, pero, mientras esté firmemente anclado en lo alto, no pasará nada. El abandono sólo puede ser superado por una decisión de infancia espiritual heroica. La inseguridad que brota en nuestra vida sólo puede ser superada si alzamos el corazón a lo más alto, a las manos de Dios. El peligro actual es que, en una sociedad burguesa como es la sociedad en la que vivimos, se puede engendrar un cristianismo burgués. Un cristianismo que trata de asegurarse el futuro. Sin embargo, en la crisis

---

<sup>3</sup> J. KENTENICH, *Niños ante Dios*, 246

<sup>4</sup> *Ibidem*, 247

económica y social en la que nos encontramos, la inseguridad se convierte en una constante y desaparece la tranquilidad. Todos los seguros y apoyos desaparecen y caen. Es entonces cuando experimentamos con mayor crudeza el abandono de nuestra existencia. Nos sentimos lanzados a un mundo que no se detiene y no encontramos el sentido último de nuestra vida.

**Nosotros, con el P. Kantenich, creemos que la infancia espiritual es el remedio para el abandono que sufre el hombre hoy, para la crisis en la que se encuentra sumido:**

*“Estos tiempos exigen un coraje de héroes”*<sup>5</sup>. La inseguridad ordinaria se ha hecho extraordinaria y vivimos una crisis de la que no sabemos salir. *“Sufrimos el tormento no confesado del miedo y la angustia”*<sup>6</sup>. El miedo se produce ante un mal determinado y concreto. La angustia surge ante un *“algo”* indeterminado, es la impotencia que surge frente a una oscura fuerza todopoderosa. El principal sujeto del miedo es el alma. Y las consecuencias se manifiestan en nuestra persona, en nuestras enfermedades, en las familias que formamos. Cuando nos dejamos dominar por el miedo perdemos la voluntad y los principios sobre los que nos asentábamos. Dudamos y nos dejamos llevar por la fuerza pasional del miedo en el alma.

**Y es que existe un miedo a la vida y al mundo.** Hay muchos miedos que llenan nuestro corazón. Con frecuencia, en la confesión, escucho hablar de muchos miedos: miedo a la soledad, al abandono, al fracaso; miedo a perder algún ser querido, a no llegar a fin de mes, a sufrir alguna enfermedad mortal, a quedarnos ciegos o inválidos; miedo a no ser valorados ni tomados en cuenta, a dejar de recibir amor, a dejar de ser consultados; miedo a fracasar en el trabajo o en la vida familiar; miedo a no estar a la altura, a ser infieles, a no ser capaces de amar con todo el corazón, a no aguantar la cruz, a no resistir la pobreza y la estrechez económica; miedo a ser difamados o calumniados, miedo a no ser aceptados ni valorados, a fracasar como padres, o esposos; miedo a que algún hijo nuestro enferme, caiga en las drogas, muera. Son muchos miedos los que llenan el corazón del hombre. Tal vez hay otros miedos distintos a éstos con los que a lo mejor llegáis hoy a este retiro. El miedo nos bloquea y nos ata, no nos deja crecer ni confiar y nos paraliza.

**Por otro lado hay un miedo terrible en muchas personas a enfrentarse a la vida y tomar decisiones. Es un miedo terrible al futuro que desconocemos.** Estamos llamados a tomar continuas decisiones en nuestra vida y no podemos eludir la responsabilidad de decidir. Si no decidimos, la vida decidirá por nosotros. Desde que nos hacemos adultos, la vida nos confronta continuamente y nos exige decidir, optar y dar pasos de compromiso. No obstante, hoy en día, muchos jóvenes no son capaces de manejar su vida y no saben enfrentarse a sus propios miedos. Temen fracasar y no ser felices. Tal vez porque piensan que la promesa de felicidad implica una plenitud y una

---

<sup>5</sup> *Ibíd*em, 249

<sup>6</sup> *Ibíd*em, 250

perfección absolutas. Porque creen que en la felicidad a la que son llamados no puede haber sombras ni dudas. Y por eso se les van los años esperando, aguardando su gran oportunidad, el tren que no pueden dejar pasar, mientras pasan y pasan ante sus narices los trenes que Dios pone en sus caminos. El corazón desea la felicidad y la forma de conseguirla es la gran pregunta que el hombre tiene.

**El Padre decía respecto al miedo que nos paraliza e impide que avancemos:** *“Les repito que se pueden atemperar estos temores apelando a medios naturales. Pero en caso de ser curables, tal curación sólo será posible asumiendo el riesgo de la infancia espiritual. Hay que arriesgarse. Una infancia espiritual heroica”*<sup>7</sup>. Los efectos del miedo sólo son buenos cuando nos llevan a arrojarnos en los brazos de Dios Padre. Sólo en ese caso. No podemos encontrar paz y tranquilidad en nuestro propio mundo, sólo en el de Dios. Dios quiere que busquemos la serenidad y la paz en Él, en una entrega sencilla y filial.

**Y sigue analizando el P. Kentenich nuestros miedos comunes:** *“Yo estoy convencido de que una gran parte de nuestros problemas nerviosos, si no todos, pueden atribuirse a un enfermizo afán de valer y a una falta de sana humildad”*<sup>8</sup>. Es el miedo a ser subestimados y no tomados en cuenta. El miedo a no dejar huella en la historia, a no ser recordados. El miedo a encontrarnos perdidos en un mundo que nos ignora, que pasa delante de nosotros sin valorarnos, sin respetar nuestra valía, lo que somos y tenemos.

**El Padre profundiza en el sentido de nuestra experiencia de abandono:** *“El sentido del desamparo de la existencia humana es el amparo en un plano superior”*<sup>9</sup>. Hoy experimentamos el gran desamparo en nuestra vida. El hombre sufre de angustia y miedos ante la falta de amparo y arraigo. Vivimos en un mundo desarraigado. El desamparo y la inseguridad son parte de nuestra estructura limitada. Vivimos en un tiempo de crisis. La crisis ha puesto en duda no sólo el sistema financiero. Esta crisis afecta a todos los campos de nuestra vida. La familia está en crisis, nuestra propia vocación personal está en crisis, el hombre y sus valores, en definitiva, están en crisis. Los bienes hacia los que tiende nuestro instinto nos hacen entrar en crisis y vivir la inestabilidad. Los bienes son inseguros, varían y cambian. Nada nos da la certeza absoluta, la felicidad eterna y la paz inalterable.

**Por eso hoy nos preguntamos:**

1. *¿Cuáles son los miedos más profundos que nos quitan hoy la paz?*
2. *¿Qué hacemos con nuestros miedos? ¿Cómo los trabajamos?*
3. *¿Los ponemos en manos de María en el Santuario? ¿Se los entregamos a Dios?*

---

<sup>7</sup> Ibídem, 257

<sup>8</sup> Ibídem, 258

<sup>9</sup> Ibídem, 261

4. *Hagamos una lista con nuestros miedos e inseguridades y depositémoslos simbólicamente a los pies de María en el Santuario.*

## **2. Estamos llamados a vivir la ascética de la infancia espiritual**

**“Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos”. Un camino y un ideal se están ante nuestros ojos.** Nos recuerda el P. Kentenich: *“Cuando proponemos al niño como ideal, lo hacemos sólo en consideración de lo bueno y noble que existe en él”*<sup>10</sup>. Es el único camino para entrar en el Reino: ser como niños. Sin embargo, nos cuesta aceptarlo como camino de vida. El corazón se rebela: no queremos ser niños. El niño es alguien indefenso y dependiente, el niño no sabe de la vida y tiene mucho que aprender. El niño es ingenuo y no sabe enfrentarse a las dificultades, le falta astucia. Tenemos esa imagen de niño que no nos gusta. No estamos dispuestos a convertirnos en unos niños indefensos. Y es que la inmadurez del niño, fruto del pecado original, nos resulta rechazable. Por eso miramos al niño en la consideración de lo bueno y noble que hay en él. A eso aspiramos, a que se impriman en nuestra alma esos rasgos.

**Por eso nos encontramos ante un doble desafío: adquirir una nueva forma de ser y para ello será necesario abandonar una cierta manera de ser.** ¿Qué debemos abandonar? Todo lo que sea pueril, inmaduro, infantil, lo no auténticamente filial. Estamos llamados a ser niños auténticos y no inmaduros. Por eso éste es el camino:

**A. En primer lugar, ser como niños nos lleva a una lucha ascética por apartarnos del pecado y por la superación de nuestras imperfecciones.**

**Decía el P. Kentenich:** *“Nuestro sentido y conciencia de pecado son tan precarios debido a la escasez de sentido filial frente a Dios Padre”*<sup>11</sup>. **Nuestra conciencia de pecado suele ser muy pobre.** Si mi idea de pecado tiene que ver con una idea vaga de Dios o con una ley moral extrínseca a mi vida, el *“pecado”* no comprometerá existencialmente mi vida. Sólo quien tenga una profunda experiencia filial frente a Dios será capaz de desarrollar una sana conciencia de pecado. Si mi relación con Dios fuera más madura, más filial, más íntima, apreciaría mis imperfecciones y debilidades con pena y con dolor. Tendría así una sana conciencia de pecado, que me permitiría apreciar en su justa medida lo que he hecho y verlo como una actitud que me aleja de Dios. Por eso, a la hora de educar y de educarnos es necesario: *“Sembrar o suscitar una infancia espiritual honda y cálida es al mismo tiempo profundizar una sana conciencia de pecado”*<sup>12</sup>.

**Es necesario huir de los extremos: en primer lugar los escrúpulos** que no nos dejan levantarnos y mirar con paz a Dios; los escrúpulos nos hacen despreciar nuestra debilidad y nos hunden en un insano sentimiento de culpa. Por otro lado, algo hoy

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 218

<sup>11</sup> *Ibíd.*, 219

<sup>12</sup> *Ibíd.*

muy frecuente, **la indiferencia** ante el pecado que no permite experimentar el abrazo de un Dios misericordioso en nuestra vida. La indiferencia nos lleva a no ver el pecado en nuestra vida y a no darle importancia. De esta forma no crecemos en nuestro espíritu filial. Es como si no necesitáramos a un Dios rico en misericordia. No nos hace falta. Es necesario, por lo tanto, cultivar una sana conciencia de pecado, que nos permita ver con realismo y humildad nuestras faltas; asumir que son parte de nuestro camino de santidad; y entender que nuestras caídas son una ocasión para levantarnos y correr al encuentro de nuestro Padre, que nos espera con los brazos abiertos para abrazarnos con amor.

**Lo sabemos bien: el pecado aniquila el ser niños en nuestro corazón.** *“El pecado nos quita el derecho a la paz, la alegría y la libertad de los hijos de Dios”*<sup>13</sup>. Nos aleja de nuestro Padre. Acaba con el sentimiento de niño porque comporta ingratitud y desprecio. Tenemos que aprender a degustar las misericordias de Dios, todos los regalos que recibo de Él continuamente, a nadar en el mar de su bondad hacia nosotros. Lo que pasa es que somos poco filiales y vivimos dispersos, derramados en las cosas del mundo buscando satisfacciones. Con frecuencia ni siquiera nos damos cuenta de que el pecado nos quita la libertad. ¡Cuántos pecados del pasado han ido debilitando nuestra libertad frente a la tentación!

**El pecado nos acaba quitando la paz, la alegría y la libertad duradera.** No podemos entender bajo pecado sólo aquellos típicos, sino que cada uno debería tener su propio examen de conciencia personal en el cual pudiera revisar sus esclavitudes, sus puntos débiles contra los que lucha día a día, su talón de Aquiles. La paz se logra cuando disfrutamos de la tranquilidad de estar insertos en el orden querido por Dios. El pecado rompe el orden de nuestro interior. La alegría es el descanso de los apetitos en la posesión de un bien adecuado. El pecado no es un bien y por eso su alegría no es duradera. Dice el Padre: *“Al ser despojado de la vida divina, del ser niño, perderé la belleza maravillosa del alma en gracia”*<sup>14</sup>. El pecado nos hace caer en la ingratitud y dejar de apreciar todos los regalos de Dios en nuestra vida. Cuando pecamos no agradecemos, porque nos encontramos lejos de Dios. Dice el Padre: *“¿Por qué somos tan terriblemente desagradecidos? Porque nos acordamos muy poco de las misericordias de Dios”*<sup>15</sup>.

**Las imperfecciones sólo las advertimos cuando tenemos un hondo sentimiento filial:** *“Cuando el hijo toma conciencia de que tiene libertad, obedece hasta los menores deseos del Padre”*<sup>16</sup>. La magnanimidad es propia de aquel que se sabe hijo de Dios. Por el contrario, cuando carecemos de ese espíritu filial, podemos hacer imperfectamente

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, 226

<sup>14</sup> *Ibíd.*, 221

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 224

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 229

aquello que hemos reconocido como bueno; o vivimos distraídos sin estar atentos al paso de Dios por nuestra vida; o caemos en esos mismos defectos de siempre que no constituyen pecado pero que debilitan nuestra voluntad en la lucha diaria por entregarnos a Dios y a los demás. El cultivo de un amor filial y tierno a Dios Padre va a ser el camino para vencer las imperfecciones en el corazón.

#### **B. Adquirir una nueva manera de ser: un amor filial e íntimo.**

**El Padre Kentenich tenía un pensamiento que le acompañaba siempre:** *“Nadar siempre en las misericordias de Dios”*<sup>17</sup>. Es necesario experimentarlo como un Padre bondadoso. Por eso es tan importante descubrir la imagen de Dios que está grabada en nuestra alma. Si Dios es un padre acogedor, misericordioso y bueno, nos será más fácil dejarnos caer en sus brazos de Padre. Por el contrario, si vemos a Dios como un juez, como un dictador exigente e inmisericorde, es posible que nos sea difícil abandonarnos en su corazón. De esta forma no seremos capaces de percibir su paso de amor por nuestra vida. La vida familiar es muy intensa y con frecuencia no nos dejamos tiempo para repasar ese paso misericordioso de Dios por nuestra vida. Las oraciones de la noche en el Santuario hogar son la ocasión propicia para agradecer su misericordia, para alegrarnos en sus regalos, para reconocer su mano paternal a nuestro lado. Aprendamos de nuestros hijos, de su forma de dirigirse a Dios cada noche. Aprendamos de su inocencia y de su apertura al Dios de la vida. En familia es importante cuidar este amor filial e íntimo con Dios.

**María es la verdadera educadora de nuestro espíritu filial.** Ella nos cobija y nos hace sentirnos amados por su amor incondicional de Madre. Ella despierta lo más íntimo de nuestro corazón, ese amor cálido y profundo. Nos abandonamos en nuestras manos de Madre y Ella nos conduce, con la fuerza de un remolino, en el corazón de Dios. María responde a nuestra súplica enviándonos el Espíritu Santo, el Espíritu del Amor. El Padre nos lo recuerda: *“Si el Espíritu Santo, el amor increado, no desciende hasta lo más hondo de nuestro ser, no tendremos jamás un fuerte espíritu de filiación”*<sup>18</sup>. María, la llena del Espíritu Santo nos colma con su ser. Ella implora para nosotros el Espíritu que nos haga exclamar: *“Abba, Padre”*.

#### **El amor filial es eficaz cuando suscita en nosotros dos actitudes:**

**a. Compromiso serio por la autoeducación.** Un compromiso por crecer como personas, por luchar para no volver a huir de la casa paterna. Es un compromiso por mantenernos despiertos, en vela, atentos a hacer siempre la voluntad de Dios en nuestra vida.

---

<sup>17</sup> *Ibíd*em, 232

<sup>18</sup> *Ibíd*em, 233

**b. El don del temor de Dios.** El amor filial nos lleva a implorar la presencia del Espíritu Santo con sus dones. El Espíritu Santo, como un fogonazo, ilumina nuestra alma y la hace más de Dios. Si no cambiamos nuestra actitud interior, no seremos realmente niños ante Dios.

### ***3. La respuesta a la crisis del tiempo actual es la Infancia espiritual***

Jesús nos dice: *“Si no volvéis a ser niños de una manera nueva y divina, y no tenéis una actitud filial noble y divina, no entraréis en el Reino de los cielos”*. El Padre decía: *“Tenemos que conquistar de manera perfecta y permanente lo que en el niño es imperfecto y transitorio”*. El niño es un reflejo original de la sencillez del Padre y un reflejo original de la entrega del Hijo. El niño apunta hacia Dios, nos lo señala como referencia última de nuestra vida. Debemos llegar a ser lo que es un niño, una señal humilde de Dios. Decía el Padre: *“La infancia espiritual implica naturalidad y espontaneidad, y como tal es indudablemente la principal medicina contra toda inautenticidad”*<sup>19</sup>.

**El Padre Kentenich señalaba, como ya analizamos anteriormente, que la gran crisis del hombre de hoy era la falta de cobijamiento.** Antes he hablado de la crisis económica, de la crisis en dos realidades fundamentales en el hombre: el amor y la verdad, como nos muestra el Papa **Benedicto XVI** en su encíclica. Sin embargo, es cierto que todo tiene un origen: la falta de arraigo del corazón del hombre. **Vivimos en una sociedad de corazones desarraigados que no tienen donde vivir, descansar y amar.** Corazones que no tienen hogar y viven sin raíces. Como consecuencia de esa realidad surge la inseguridad y el miedo. Estamos ante el desamparo del hombre moderno. Decía el Padre: *“El hombre de hoy ya no está vinculado a un nido, vale decir, siente la necesidad instintiva de tener un nido, pero ya no lo tiene”*<sup>20</sup>. Volviendo a Heidegger, podríamos hablar de la *“derrilección”* del hombre. El hombre es arrojado en medio de la vida y obligado a decidir. Y, como consecuencia, surge la angustia. ¡Cuántas personas recurren con frecuencia a un psicólogo, a un terapeuta, para tratar esa angustia sin razón en la que viven! ¡Cuántas enfermedades graves tienen hoy su origen en esta angustia existencial que acaba debilitando el organismo!

**El Padre kentenich señala cuál es el fundamento de la seguridad del ser humano:** *“El riesgo de la humildad y del amor. La existencia cristiana entraña una cantidad de inseguridades y desamparos que sólo pueden superarse remitiéndose a un plano superior: las manos de Dios, el riesgo de la infancia espiritual”*<sup>21</sup>. Sólo es posible vivir la inseguridad si lo hacemos como niños, confiados en un Dios Padre, que nos acoge y sana nuestro corazón y nos hace vivir confiados. Es difícil esta actitud de abandono que sólo es posible si vivimos el

---

<sup>19</sup> *Ibíd*em, 242

<sup>20</sup> *Ibíd*em, 244

<sup>21</sup> *Ibíd*em, 248

espíritu de una infancia espiritual madura. Voy a centrarme en algunos de estos rasgos fundamentales que estamos llamados a vivir.

### **Algunos aspectos del ser niño que anhelamos conquistar:**

**1. La sencillez del niño.** Si representamos la infancia espiritual podríamos decir que la sencillez sería su fruto y la humildad su raíz. Dios Padre es el ser sencillo por excelencia. Nosotros, como reflejos suyos, estamos llamados a ser un signo de esa sencillez. Algo simple es algo sin dobleces y sin pliegues. La manera de amar del niño se caracteriza por su sencillez y fidelidad. Tenemos que aspirar a esa sencillez de vida, sin dobleces y sin complicaciones.

**Pero la humildad es la raíz del árbol.** Es necesario educar en una humildad sana y llena de amor. Esta virtud tiene que estar necesariamente unida al amor. Una humildad sana es el mejor remedio contra el afán de valer y el complejo de inferioridad. Si uno lee los 12 grados de la humildad de S. Bernardo sin tener en cuenta las demás virtudes, uno puede acabar siendo más orgulloso que antes. Es necesario armonizar la naturaleza con la gracia. El amor tiene que impregnar y traspasar nuestra aspiración a vivir la humildad en grado heroico. Decía el P. Kentenich: *“Está bien que aspiremos a toda una cantidad de virtudes tales como al humildad, la obediencia, la pureza, etc. Pero ninguna de ellas transforma tanto al hombre como el amor”*<sup>22</sup>.

**2. Piedad de niño.** Se trata de respeto hacia el padre y hacia todos los reflejos de su presencia. Piedad es experimentar un amor ardiente en el corazón, es arder en un fuego que nos quema las entrañas. Se trata de un amor respetuoso. *¿Cómo es nuestro amor a Dios Padre?* Puedo decir como los discípulos de Emaús: *“¿No ardían nuestros corazones cuando nos comentaba las Escrituras en el camino?”*. El niño mira a su padre y se abandona, no duda y confía siempre.

**3. La fe de un niño** es una fe ciega y confiada en su padre. Por eso es tan duro para un niño que su padre le defraude. Esa desilusión es una herida que queda grabada en su alma de niño. Por eso es tan importante asumir que en nuestra vida muchos se vincularán a nosotros de forma filial. ¡Tratemos de no desilusionarles! Aunque, por supuesto, siempre se acabarán desilusionando porque no somos dioses. De hecho: *“es necesario que Él crezca y que yo disminuya”* Jn3, 30, decía Juan el Bautista. Si se desilusionan de nosotros, que no sea por nuestra culpa, sino por un proceso natural en ese ascenso al cielo. En nosotros debe crecer Cristo. Hacia Él tenemos que conducir a los que nos han encomendado.

La fe de un niño hacia Dios Padre se manifiesta en una insaciable hambre de Dios. Y nosotros, **¿tenemos hambre de Dios? ¿Necesitamos estar con Él, descansar en Él?** Nuestra fe ha de ser como la de los niños, firme, valiente, viva y victoriosa.

---

<sup>22</sup> Ibídem, 328

**4. La confianza es un rasgo propio del niño.** No ha experimentado las limitaciones de sus capacidades. Cree en un poder fuerte e ilimitado que está en sí mismo y alrededor. Se trata del poder paternal y maternal. Se trata de un poder benefactor, bondadoso que nunca falla. Por eso debemos cultivar una consciente confianza filial en Dios Padre. Todo está en sus manos y por eso vivo infinitamente despreocupado en cada instante. Se trata de su obra, de su Reino, de su plan de felicidad conmigo.

**5. La alegría es el rasgo más típico de los niños.** Sin embargo, en nuestros hogares, muchas veces no reina la alegría. Impera la preocupación, la tristeza, la falta de esperanza. El niño es alegre porque confía. Es una alegría que le es dada al niño. Aspiremos nosotros siempre a cultivar esa alegría verdadera, que viene de lo alto y que nadie nos puede quitar.

**Podríamos incluir muchos otros rasgos del niño que se pueden trabajar. Ésa tarea queda para cada uno. Lo que tenemos claro, al acabar esta reflexión, es que la infancia espiritual, vivida de forma radical en la entrega absoluta y confiada en las manos de Dios Padre, es respuesta al desarraigo que vivimos y que determina nuestra infelicidad.** Esa experiencia de arraigo en Dios es un don, una gracia, que no podemos dejar de pedir cada día. Sólo viviendo así nuestra vida será una vida llena de sentido. Para eso hemos de volver a nacer en el fuego del Espíritu Santo. Tenemos que dejarnos hacer de nuevo, para que el Niño Dios se haga carne en nuestros corazones.

#### **PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL:**

- 1. ¿Nos sentimos desarraigados? ¿Experimentamos que nuestro corazón sufre la inseguridad por no tener un nido en el que descansar?*
- 2. ¿Somos capaces de vivir con actitud de fe y de confianza frente a la vida? ¿Tenemos la sencillez de vida de los niños? ¿Cuáles son los rasgos del niño que no poseemos todavía? ¿Cuáles son los que hemos desarrollado más?*
- 3. ¿Nos cobijamos en Dios con la certeza de saber que Él nos quiere en nuestra debilidad y pobreza? ¿Cuál es la imagen de Dios Padre que está presente en nuestro interior?*
- 4. Comenzamos este tiempo de Adviento, en el que queremos preparar el corazón para que nazca el Niño Dios. ¿Qué vamos a cuidar especialmente para que Jesús al nacer nos haga niños de Dios?*
- 5. ¿Cómo cultivamos esta infancia espiritual en nuestra vida familiar, con nuestros hijos, en el Santuario hogar? ¿Cómo aprendemos de nuestros hijos y aspiramos así a ser niños cobijados en María y en Dios?*